

QUINTÍN RACIONERO CARMONA

In memoriam

En la madrugada del pasado 18 de octubre Quintín Racionero Carmona se sumía en el sueño eterno que abre al genio las puertas de más de una década de lucha tenaz y serena contra la terrible enfermedad, su vida había estado pendiente de un hilo, que en cada recaída y para nuestra alegría, cada vez se estiraba un poco más. Parecía que Quintín, lo mismo que Scheherezade hiciera con el sultán, cada vez encontraba la forma (con su inagotable fuente de conocimientos, su persistente retórica y su innata seducción) de irles arrancando una prórroga a las parcas, hasta que Cloto (celosa sin duda de sus hermanas) decidió anudar inevitablemente la madeja de su destino para llevárselo a su oscuro reino, acaso con la promesa de mostrarle allí respuesta a enigmas filosóficos que le acompañaron toda su vida.

¡Ojalá que haya podido satisfacer al otro lado del espejo su inagotable curiosidad!

Los restos mortales de Quintín Racionero Carmona —le gustaba pronunciar su segundo apellido por cariño a Rosa, su madre— quedaron en la tumba familiar del madrileño cementerio de la Almudena —junto a su padre y a su hermano pequeño Paco, cuya muerte tanto lloró. Pero, a pesar de este drástico punto y aparte que ha puesto la muerte, sabemos que mientras contemos su historia, citemos su obra o le recordemos de una u otra manera, seguirá con nosotros. Sirvan estas líneas, pues, para honrar su memoria, dejando testimonio de la admiración y respeto que sentí por el profesor Racionero Carmona, del que tanto aprendí, pero también como muestra del cariño que sentí por el vitalista y entrañable amigo Quintín, con quien tantas experiencias intelectuales y humanas compartí.

Junto a ese inagotable vitalismo, acaso el rasgo más definitorio de su persona fuera su humanismo, tanto en sentido lato como restringido —¡cuántos alumnos han dicho de él que era como un erudito renacentista o barroco! Un verdadero sabio que intentaba conciliar vida y estudio, razón y pasión, volviendo los ojos hacia Aristóteles o Leibniz, donde todavía no había irrumpido la filosofía trascendental que había de desembocar en el idealismo destruyendo para siempre

el puente entre el mundo sensible y el inteligible. Sobre todo *sabía* que le quedaba mucho por aprender y aprendía insaciablemente, y nos enseñaba tanto lo que sabía como el valor mismo del aprender. Doy gracias a los dioses por haberme incluido entre aquellos privilegiados que pudimos contarnos una vez entre sus alumnos, luego siempre entre sus amigos.

Nunca se me olvidará el impacto que me causó en 1980, cuando impartió a nuestra promoción de Filosofía en —dentro de la asignatura de historia de la filosofía— unas clases magistrales sobre el historicismo de Wilhelm Windelband; sin duda que fue él quien plantó allí las semillas de la filosofía de la historia que terminé estudiando y desarrollando años después. A Leibniz «me lo había presentado» un año antes en la asignatura de teoría del conocimiento Jaime de Salas, con quien ya entonces había decidido hacer una tesina sobre el pensador de Leipzig titulada *Leibniz. Del concepto de mónada al análisis de las proposiciones*, y casi sin solución de continuidad una tesis sobre el tema *Contingencia y necesidad en Leibniz. El problema de* por su recomendación por lo que leí dos artículos de Quintín sobre Leibniz que me influyeron poderosamente, a saber, «La cuestión leibniziana» y «La filosofía del joven Leibniz. La génesis de los conceptos y la función de la lógica»¹, sin saber aún que Leibniz iba a ser el pensador que nos acercara unos años después.

Efectivamente, fue el filósofo de Leipzig quien propició nuestro cruce de caminos en 1986 en el Leibniz-Archiv de Hannover. Quintín llegó con una estancia de investigación cuando yo estaba terminando de redactar allí mi tesis doctoral, después de una enriquecedora estancia —gracias a una beca del DAAD— con el profesor Hans Poser, en de Berlin, de ese Berlin, *wie es damals war*, una isla polifacética y tentadora en medio de la entonces DDR. Apenas nos conocíamos, pero enseguida entablamos una animada y rica conversación ante los ficheros de que nos llevó a la cafetería (entonces se fumaba allí y Quintín siempre fue un fumador empedernido) y solo terminó con la promesa de seguir hablando mientras tomábamos algo al concluir nuestra jornada de trabajo. Esta rutina la repetimos varios días, hasta que Albert Heinekamp nos invitó a cenar en «Mario», sin adivinar que iba a proponernos fundar una Sociedad Leibniz en España... Quintín, emprendedor por naturaleza, acogió esta propuesta con notable entusiasmo y yo, aunque un poco más precavida, me comprometí a asistirle en tal tarea. Quintín vio enseguida esta iniciativa como la mejor forma de revitalización

¹ Cf., respectivamente, *Anales del Seminario de Historia de la filosofía*, 1980, pp. 263-311, y *Revista de filosofía*, CSIC, Instituto de Filosofía «Luis Vives», 1980, pp. 39-125.

de los estudios leibnizianos en España —era imperante la moda kantiana en aquellos años. Y a finales de 1987 —Heinekamp fue a Madrid para formar parte del tribunal de mi tesis doctoral— pusimos en marcha española Leibniz (SeL), que despegó muy brillantemente —participaron una cincuentena de leibnizianos de todo el mundo— con un Congreso Internacional realizado en sobre el tema «Analogía y expresión», cuya publicación tuvo tanto éxito que se agotó.

Fue aquella una década prodigiosa, con Seminarios y cursos sobre Leibniz dictados por los más prestigiosos especialistas (Dascal, Fichant, Olaso, Poser, Sánchez Mazas, etc.). Con nuestra exitosa participación como «grupo pujante» en otros Congresos internacionales, como el organizado por Ezequiel de Olaso en 1991 en Buenos Aires sobre «Leibniz y Ortega», en el que nos acompañaban Alejandro Herrera, Hans Poser, Jaime de Salas y Javier Echeverría, y estuvimos pensando muy seriamente en constituir una Sociedad Leibniz Iberoamericana, algo que no pudimos hacer por las trabas jurídicas en los distintos países y que ahora Juan Antonio Nicolás ha impulsado —gracias a Internet— como una red social, Leibniz.

En el año 2001 decidimos refundar como «Sociedad española para estudios del Barroco y», para abrir así aún más —ya teníamos a Bernardino Orío de Miguel con Spinoza, a Marisol de Mora con Lady Cavendish o a Agustín Andreu con Shaftesbury— nuestras investigaciones a otros autores desde la impronta barroco-ilustrada de Leibniz. Fue un magno congreso aquel también, organizado por Andreu en Valencia sobre el tema *Ciencia, Tecnología y bien común: la actualidad de Leibniz*, lo mismo que lo fue el organizado en 2003 por Juan Arana en Sevilla, donde nos reunimos para celebrar los *Treinta años de estudios Leibnizianos* en España y salimos habiendo decidido en la asamblea de llevar a cabo una magna edición de las Obras de Leibniz en español, una empresa que ya había empezado a caminar —gracias al tesón de quien designamos como su coordinador principal, Juan Antonio Nicolás—, en el congreso internacional celebrado por él mismo en Granada en 2007 bajo el lema *Leibniz, entre la génesis y la crisis de la modernidad*. Esperemos que en el próximo congreso internacional que organiza Marisol de Mora para junio de 2013 en San Sebastián, bajo el lema *Conocer, dialogar, inventar y transformar*, ya haya visto el séptimo volumen de las OFC de Leibniz la luz, aunque lamentablemente no pueda verlo ya quien fuera el Presidente Fundador de española Leibniz, quien recibirá allí como tal su homenaje.

Ciertamente, Quintín ha dejado tras de sí una floreciente sociedad y una magna empresa de edición. Algunos de los volúmenes que nos quedan por

publicar tenían que haber sido editados por Quintín Racionero. Esa era una de sus principales preocupaciones —su obra aún inédita— cuando fui a visitarle el viernes 28 de septiembre. Mientras nuestras hijas jugaban en otro cuarto y en compañía de su esposa Lola Cabrera —siempre velando por que no nos faltara nada que pudiera hacer nuestro encuentro más agradable, trazamos un plan para poder rescatar en su mayor parte los textos y publicaciones sobre Leibniz— a otros sé que les ha encargado otras cosas, que no en vano fue Quintín también dinamizador de los estudios grecolatinos e introductor de la hermenéutica en España. El tiempo galopaba sin compasión aquella tarde que me hubiera gustado hacer eterna, pero aún pudimos brindar con un whisky por la vida, mientras hacíamos un balance de la nuestra. Nos despedimos con un abrazo profundo y dolorido que los dos sabíamos el último, por más que nos intentamos aún engañar mutuamente soñando que pudiera estar presente en la próxima asamblea de española Leibniz —¡al congreso de san Sebastián si que no llego! —me dijo. La habíamos tenido que retrasar pues algunos no podían viajar a Madrid el 19 de octubre, como estaba en principio prevista. Ironías del destino, al final nos convocó ese día para el último adiós...

Ya no podré felicitarle el día 7. Cumplía 64. Justo el día antes de mi santo. Extrañaré su cariñoso apelativo, MariConcha, y le recordaré con cariño.

Concha ROLDÁN (IFS-CSIC)
Presidenta de española Leibniz (SeL)